

El Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile

Claudio Véliz

A un cuando durante el siglo XIX y las primeras décadas del actual, las naciones de América Latina desarrollaron una activa y compleja diplomacia y se preocuparon preferentemente de sus respectivos problemas internacionales, ninguna alcanzó suficiente poderío o importancia como para influir de modo significativo en los asuntos políticos mundiales. No por eso es menos interesante la experiencia acumulada durante ese período: un siglo de ejercicio notablemente libre de una política internacional independiente dejó huellas profundas tanto en la idiosincrasia de los grupos dirigentes como en la tradición histórica de estas naciones. La experiencia política internacional de América Latina es un microcosmos que incluye varias guerras internacionales, arbitrajes, pactos y alianzas, diplomacia secreta, intentonas expansionistas y complicados sistemas de balanzas y equilibrios de fuerzas militares.

Todo esto contribuyó a formar una robusta pero sofisticada tradición aislacionista que dependía —en la práctica— no sólo de la relativa debilidad de cada una de estas naciones, sino también del convencimiento de que esta parte del mundo era realmente independiente de los intereses, rencores y amistades que determinaban el curso de la política mundial. Este convencimiento se afirmó decididamente durante los difíciles años de 1914 a 1918 cuando las principales naciones de América Latina mantuvieron una actitud de estricta neutralidad.

Es posible que la crisis de 1929 haya marcado el principio del fin de este aislacionismo. El fenómeno económico que remeció las bases de la estructura

institucional de América Latina tuvo orígenes lejanos que escaparon a toda ingerencia nuestra. Después de 1929, ni el más testarudo pudo permitirse cerrar los ojos a lo que ocurría fuera del continente: partidos populistas, agrupaciones de ideario importado, frentes populares y movimientos reformistas, todos empezaron a mirar hacia afuera, esta vez no en busca de modelos para imitar, sino genuinamente interesados en el rumbo de la política mundial y empeñados en lograr voz y voto en su determinación. Incluso, es importante anotar, el primer centro para el estudio de los asuntos internacionales de que se tenga memoria en América Latina, de efímera existencia, fue fundado por un grupo de chilenos hacia las medianías de la década de 1930.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso fin a todo eso al congelar la actividad diplomática y dividir al mundo en mitades que se excluían absolutamente.

La Guerra Fría prolongó la forzada inmovilidad política internacional privando a los países de América Latina de la posibilidad real de examinar críticamente sus respectivas posiciones en el concierto mundial y tratar de establecer las bases para una política exterior independiente y con proyecciones que alcanzaran fuera del ámbito del continente. Durante este período las actitudes, planteamientos e intereses de los contendores eran perfectamente predecibles e incompatibles para acercarse a estudiar estos problemas desde un punto de vista estrictamente académico.

Esta situación ha cambiado fundamentalmente: entre los primeros síntomas del conflicto chino-soviético y la ahora famosa conferencia de prensa del Presidente De Gaulle en enero de 1965, se inició el fin de la Guerra Fría, generalizándose a ambos lados de la difunta «Cortina de hierro» una clara tendencia policentrista que indudablemente ha significado un retorno de la fluidez a los asuntos políticos internacionales. Los dos gigantes termonucleares se encuentran paradójicamente inmovilizados, tanto por la tremenda responsabilidad que implica la posesión de tan grande poder destructivo, como por la orfandad ideológica y la falta de dirección en que quedaron sumidos cuando, simultáneamente con disminuir sus recelos mutuos se debilitó también el imperativo primordial de la elaborada política de Guerra Fría. Hoy incluso es posible sostener que el desafío político planteado por China es tanto o más importante para la Unión Soviética como la rivalidad de los Estados Unidos; asimismo, no sería extraño que los Estados Unidos se sintieran más desafiados por la posición política de Francia que por la de Rusia. Ya no es posible continuar analizando las relaciones entre las nacio-

nes en función de la existencia de dos bloques monolíticos de poder que abrazan ideologías absolutamente incompatibles. Por el contrario, las demandas prácticas de la política internacional han atenuado considerablemente el celo doctrinario de las dos grandes potencias y han dado a su gestión política externa un acentuado tono empático. Esto ha acompañado al retroceso de la marea alta de la Guerra Fría que ha dejado al descubierto las costumbres elevadas de los intereses nacionales, sumergidas durante las dos décadas en que la proliferación de arreglos supranacionales defensivos y ofensivos, hicieron creer que se encontraba en marcha una decidida tendencia internacionalista.

Hoy día parece probable que el nuevo complejo político mundial será construido precisamente sobre la apreciación, más o menos bien entendida, de estos intereses nacionales.

Esta extraordinaria y paradójica restauración de la libertad de maniobra luego de tan prolongada inmovilidad representa una oportunidad de desarrollar una política exterior dinámica e influyente en el concierto mundial que los países principales de América Latina parecen dispuestos a aprovechar. Tal situación traerá consigo responsabilidades de importancia creciente y, entendiéndolo así, el Rector de la Universidad de Chile y el Honorable Consejo Universitario convinieron en que la Universidad debía interesarse en forma eficiente y sistemática en la investigación de los problemas de las relaciones internacionales, y en la divulgación de datos y conceptos serios sobre estos asuntos.

Para cumplir estos propósitos se creó el Instituto de Estudios Internacionales en 1966 y aparece ahora el primer número de la revista trimestral *Estudios Internacionales*.

Es imposible ignorar el hecho de que la creación de este Instituto coincide con un momento interesantísimo y pleno de posibilidades en la historia política de América Latina. Esta situación favorable acarrea también riesgos importantes: abundarán las presiones para que el nuevo centro de estudios se incline en esta o aquella dirección, apoye tales o cuales políticas o exprese indirectamente su aprobación por determinadas tendencias en el panorama político mundial. Por esto es de gran importancia el hacer notar que el Instituto, además de participar de la tradicional independencia que ha caracterizado las actividades de la casa universitaria principal de la nación, ha sido planeado esencialmente como un centro interdisciplinario para trabajar en estrecha colaboración con las cuatro facultades universitarias que se preocupan de adelantar los estudios en disciplinas afines al campo general de las relaciones

internacionales y la historia contemporánea. Además, dentro de la estructura administrativa de la Universidad de Chile, el Instituto depende directamente de la Rectoría y del Honorable Consejo Universitario, asegurándose así la autonomía que otorga seriedad, desinterés y rigor académico a sus trabajos.

El nuevo centro tiene parentesco enorgullecedor con los principales institutos del mundo en que se estudian estos problemas; en su formación ha tenido un papel importantísimo el apoyo sostenido del *Royal Institute of International Affairs*, de Londres, y del Centre d'Etudes de Politique Etrangère, de París. Sin embargo, es útil aclarar, ninguno de estos dos famosos centros ha servido como modelo absoluto para la creación del nuevo Instituto. Tanto la organización interna como las relaciones con el Gobierno y con los sectores principales de la vida nacional han sido planteadas sobre una base estrictamente pragmática y lo más acorde posible con las necesidades académicas y las posibilidades que encierra nuestro conglomerado nacional y latinoamericano; se ha tomado la experiencia valiosa acumulada durante varias décadas en Europa y se ha modificado de acuerdo con las demandas funcionales que plantea nuestro medio.

Por ejemplo, aun cuando el Instituto es esencialmente un centro de investigación, también cumplirá una función docente, al nivel posgraduado a diferencia del *Royal Institute of International Affairs* —sencillamente porque tal función es necesaria en nuestro país y continente. Esto no quiere decir que el Instituto quiera transformarse en centro de adiestramiento para quienes se interesen por la carrera diplomática. En primer lugar, ya existe un prestigioso plantel —la Academia Andrés Bello del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile—, que llena este cometido en forma perfectamente adecuada. En segundo lugar, los cursos del Instituto no seguirán programas regulares ni pretenderán de modo alguno cubrir el campo de las relaciones internacionales en forma sistemática o exhaustiva. Por ejemplo, en 1967, algunos de los cursos versarán sobre la situación política en el sureste de Asia, África al Sur del Sahara y Europa, mientras que otras tratarán de explicar las complejidades de la situación económica internacional de América Latina. En 1968, se ofrecerán dos nuevos ciclos; uno estará dedicado a examinar aspectos de los procesos de integración europeo y latinoamericano y el otro consistirá en varios cursos sobre la política exterior de los principales países de América Latina. Además de estos cursos, el Instituto ha buscado otros medios para poder desempeñar una función docente efectiva y de alto nivel, que contribuya al enriquecimiento del pensamiento sobre estos problemas. Conjuntamente con el Centre d'Etudes

de *Politique Etrangère*, de París, por ejemplo, se está organizando un seminario especializado que se reunirá en Arica en enero de 1968, a analizar en detalle la experiencia europea en materia de integración política y económica, con el caso de América Latina en mente. Se contará en esta oportunidad con la participación de algunos de los principales arquitectos del Mercado Común Europeo y muchos de los que hoy día en América Latina buscan el camino de la integración.

Asimismo, funcionarán en forma regular en el Instituto un seminario sobre problemas contemporáneos de América Latina y un Grupo de Estudios sobre política internacional.

Para adelantar todos estos proyectos y cumplir eficientemente las tareas programadas, el Instituto ha buscado la cooperación de centros dedicados al estudio de disciplinas afines en América Latina y el resto del mundo. Así, se están estableciendo relaciones de consulta y colaboración —además de los institutos ya mencionados— con el *Institut des Sciences Economique Appliquées*, el *Institut du Developpement Economique et Social*, ambos de París; el *Instituto Otto Sur*, de la Universidad de Berlín; el *Instituto Arnold Bergstraesser*, de la Universidad de Freiburg; el *Instituto para la Integración de América Latina*, de Buenos Aires; el *Instituto Brasileño de Asuntos Internacionales*; el *Colegio de México*, y la *London School of Economics and Political Science*.

Desde comienzos, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile tiene relaciones funcionales con los principales centros en que se analizan estos problemas. Esto le da acceso a los más elevados niveles del pensamiento mundial sobre las relaciones económicas y políticas entre las naciones y resulta en una corriente continua de renovación y crítica que asegura el rigor académico sobre el que se fundamentarán sus trabajos de investigación.

El primer centro mundial para el estudio de los problemas internacionales contemporáneos fue el *Royal Institute of International Affairs*, que nació a la sombra de las negociaciones de Versalles en 1919 y tenía como indisimulado propósito el contribuir a la mantención de la paz mundial. El nuevo Instituto de Estudios Internacionales no tiene propósitos normativos comparables. Estimando que la satisfacción de la curiosidad inteligente del hombre no necesita justificación, pretende dedicar sus mejores esfuerzos al análisis de los procesos políticos y económicos contemporáneos que más honda marca dejan en la historia internacional de nuestro tiempo.

Así como es encomiable que una universidad que se respete dedique tiempo y esfuerzo a la clasificación exhaustiva de aves y batracios, asimismo, es

lícito y deseable que invierta recursos en el adelanto de la investigación científica de las causas y consecuencias del sistema *apartheid* en la República Sudafricana; del conflicto de Vietnam; la emergencia en Aden, o el proceso de integración latinoamericano. Y todo esto no por un falso empirismo que sugiera que tales estudios conduzcan a políticas exteriores más acertadas o cosas por el estilo, sino sencillamente porque éstos son conflictos, procesos y situaciones que envuelven el destino, la vida y la muerte de miles de seres humanos y las actividades de nuestros congéneres deben ser siempre, esencialmente, objeto de la más elevada y digna preocupación académica.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

La nota anterior fue escrita en 1966 y apareció publicada en 1967 en el primer número de *Estudios Internacionales*. Hoy día, cuarenta años más tarde, quiero agradecer a mi distinguida colega y amiga, Profesora Jeanette Irigoien, la invitación, que he aceptado gustoso, a hacer nuevas anotaciones acerca de estos temas, no como en 1966, sino esta vez enteramente a título personal y sin consulta previa con mis colegas del Instituto.

Es interesante observar que así como la Guerra Fría tuvo el papel protagónico en el ámbito mundial durante la primera veintena de vida de nuestro Instituto, durante la segunda ha sido la pugna entre los internacionalismos políticos, religiosos, económicos y crepusculares, y los nacionalismos de viejo y nuevo cuño la que ha monopolizado el escenario. Los únicos vestigios que van quedando de la Guerra Fría son las tiranías dinásticas que sobreviven en Corea del Norte y Cuba y algunos añosos acuerdos gestados en occidente para responder a la amenaza soviética.

Desde la mayoría de edad del Instituto y hasta estos primeros años del siglo

XXI, casi sin excepción los conflictos armados —aquellos que nuestros padres y abuelos hubieran llamado «guerras»— muestran un robusto ingrediente nacionalista consecuencia directa o indirecta de la desintegración de los internacionalismos imperiales, hayan sido estos portugueses, holandeses, otomanos, rusos, británicos, franceses, yugoslavos o austro-húngaros. Tal como mis colegas y yo estimábamos en 1966, la disolución de los imperios y el fin de la Guerra Fría nos han legado el mayor número de naciones independientes y rebeliones nacionalistas aún por resolver en la historia del mundo, y esta proliferación no muestra síntomas de amainar. Muy por el contrario, sería sumamente arriesgado afirmar que nuevas naciones no surgirán durante las próximas décadas.

Los dos últimos decenios se han caracterizado por una pugna entre internacionalismos y nacionalismos.

Fundado nuestro Instituto hacia mediados de la Guerra Fría, veinte años después del «telegrama largo» de George

Kennan y la charla de Winston Churchill en Fulton, Missouri, y otra veintena antes del derrumbe de la Unión Soviética y el muro de Berlín, hubiera sido muy difícil que en nuestros seminarios y discusiones no se hubiera notado que la ancha sombra de aquella confrontación imponía urgencias transnacionales sobre una humanidad profundamente afectada, a ambos lados de la «Cortina de Hierro», por los estragos de guerras mundiales cuya causa principal, según muchos, había sido la violencia desencadenada por nacionalismos desbocados. Aparte de ser un factor importante en la gestación de acuerdos prácticos como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, otros más políticos, como el Consejo de Asistencia Económica Mutua y la Unión Europea, y otros abiertamente militares, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia, las amenazadoras circunstancias de la Guerra Fría infundieron asimismo nueva vida a vetustas vocaciones pacifistas y universalistas enraizadas en la Ilustración europea que con dos siglos de anticipación ya estaban abogando por la realización de programas utópicos de gobierno y lenguaje universales. Todos estos requerimientos políticos, previsiones militares, aspiraciones moralistas e influencias culturales se sumaron y multiplicaron sus efectos en el clima favorable de las décadas de 1960 y 1970, y no fueron pocos los que no dudaron que se avecinaba el ocaso final del Estado-nación y del ideario nacionalista.

La consideración de estos asuntos en los seminarios del naciente Instituto mostró un cuadro decididamente más complejo. Ya en 1966 algunos de nuestros estudiosos estimaron que las discrepancias dentro de los bloques dominantes causadas por el resurgimiento de sentimientos nacionalistas en China, Taiwan, Francia, Cuba y Yugoslavia dejaban la puerta abierta para una mayor participación de otras naciones en los asuntos internacionales, especialmente algunas en nuestra América Latina que entraban al nuevo ámbito internacional como repúblicas maduras con experiencia diplomática respetable y un historial exento de complicidad en las catastróficas guerras europeas. Por otra parte, hubo también quienes estimaron que, separadamente, los países de nuestro continente tenían escasas posibilidades de hacerse escuchar y que era imprescindible aunar y disciplinar voces desde el seno de entidades regionales capaces de representar intereses comunes, fueran estos financieros, culturales, económicos o políticos.

Era imprescindible aunar voces desde el seno de entidades regionales capaces de representar intereses comunes.

La experiencia de cuarenta años indica que estas apreciaciones parecen haber adolecido del simpático optimismo ocasional propuesto por Albert O. Hirschman como posible solución «posibilista» para los problemas latinoamericanos¹. Sin duda ha habido naciones

¹ Hirschman, Albert O., *A Bias For Hope, Essays on Development and Latin America*, Yale, Yale University Press, 1971.

hermanas cuyas voces se han escuchado en el resto del mundo por algunos días, pero rara vez por razones dignas de aplauso o emulación. Por ahí nuestra América aportó la primera «guerra del fútbol» en la historia de la humanidad, y en el mismo vecindario, lo que inicialmente pareció llevar al régimen cubano hacia una posición independiente, terminó reiterando el carácter de detritus imperial de los isleños, primero en 1899, del entonces achacoso imperio español, y sesenta años después, del moribundo imperio soviético. Aportamos también la desconcertante invasión de esas otras islitas prontamente epilogada por una penosa retirada que pareció presagiar el descalabro financiero que tuvo a la otrora orgullosa nación casi de rodillas.

Países hermanos por la lengua y la historia han sido renuentes a sacrificar sus programas nacionalistas en pro de futuras ventajas compartidas.

Es además imposible ignorar las intervenciones militares, el sainete indigenista revolucionario de este o aquel país andino, la farándula de bandidaje, raptos y asesinatos preconizada por diversas pobladas armadas y, por supuesto, la demagogia petrolera empecinada en amontonar descontentos en coaliciones de ópera bufa. Todo esto ha entregado abundante material periodístico para acentuar la fama caricaturesca de un continente que con pocas excepciones continúa haciendo la vista gorda respecto a la exportación de seres humanos y drogas hacia Norteamé-

rica, actividades que casi imperceptiblemente han pasado de la rotunda ilegalidad a constituir un paliativo de la miseria ambiental.

En cuanto a dificultades bastante de gran envergadura, cabe recordar que cuando se fundó el Instituto, subsistía aún confianza pública en la autoridad moral, eficacia y probidad de la Organización de las Naciones Unidas para intervenir y resolver aquellos problemas que pudieran hacer peligrar la prosperidad y la convivencia internacionales. Esta confianza se ha visto severamente atenuada por demasiados episodios de corrupción, venalidad, nepotismo e ineptitud.

La crisis de la organización —que exigiría varios volúmenes para ser descrita adecuadamente— está en parte relacionada con la falacia de las equivalencias que valora igualmente la participación y voto de naciones democráticas y respetuosas de la ley como Nueva Zelandia, Italia y la India, con sombrías tiranías como las que rigen en Zimbabwe, Cuba y Corea del Norte. Esta crítica situación se ha reflejado alarmanamente en el desempeño de la Comisión de Derechos Humanos, entidad que debería poseer autoridad moral inobjetable para descargar eficazmente su responsabilidad, pero que recibió tal avalancha de críticas a su actuación que tuvo que ser reemplazada. Basta indicar aquí que hasta hace poco, esta guardiana de la decencia y la humanidad estaba presidida por Libia y contaba entre sus miembros a Cuba y Zimbabwe. Quienes se pregunten qué hizo esta Comisión por impedir la matanza de casi un millón de seres humanos en Darfur, tienen su respuesta en el

hecho melancólico que Sudan, el país responsable por la carnicería, estaba entre sus miembros. Lo peor es que el nuevo Consejo creado en su lugar ha iniciado sus actividades resolviendo investigar presuntas violaciones de los derechos humanos por Israel, pero sin mencionar los ataques terroristas de Hezbollah ni la clara incapacidad del Líbano por ejercer control sobre su territorio nacional. A favor de la resolución votaron China y Cuba, miembros del nuevo Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Las agrupaciones regionales que podrían haber aunado voces y voluntades en nuestro continente han sufrido menos escándalos, pero no han tenido éxito en agrupar países que no obstante estar hermanados por la misma lengua y los mismos antecedentes históricos, se han mostrado reacios a sacrificar sus respectivos programas nacionalistas en aras de futuras ventajas compartidas. No fue por falta de empeño que tanto el imaginativo Pacto Andino como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y los muchos otros proyectos de cooperación hayan contribuido poco más que amables anecdotarios y aparatosos programas de relaciones públicas para justificar la creación de costosas burocracias regionales. De los sucesivos fracasos por unir las naciones de América Latina en algo que por lo menos parezca tener una masa crítica digna de respeto, es posible que surja la realización de que países como Noruega, Singapur y Suiza, no obstante ser pequeños, son también muy prósperos y están bien gobernados, y aun cuando en privado piensen que es mejor caminar solos que

mal acompañados, se llevan asimismo muy bien con sus vecinos y hasta se dan el lujo de asociarse, sin sacrificar su soberanía, con iniciativas como el Mercado Común Europeo o la Asociación Económica del Sudeste de Asia. En otras palabras, no existe correlación entre las dimensiones y la población de una nación y su prosperidad económica, bienestar social y buen orden político.

Lo que a estas alturas parece indudable, es que de todos los proyectos transnacionales contemporáneos, el que muestra mejores posibilidades de éxito es también el más accidental, el menos planeado y organizado. La llamada «globalización» es la extensión generalizada de lo que antes llamábamos «modernidad industrial», a su vez una prolongación en el tiempo y el espacio de lo que conocíamos anteriormente como «revolución industrial», acompañada, naturalmente, por consecuencias culturales y sociales incluyendo los deportes, la vestimenta, la música, los hábitos de vida, el cine y la televisión en colores, la arquitectura y la gastronomía nacionales y, por supuesto, la *lingua franca* de nuestro tiempo, cuya aceptación indolora y voluntaria es hartamente más universal que la del esperanto.

No hay correlación entre las dimensiones y la población de una nación y su prosperidad económica.

Por primera vez en la historia se ha generado un creciente número de países con una clase trabajadora próspera cuya influencia política se manifiesta cada cierto

tiempo a través del sufragio, en cuanto a materias económicas, sociales y culturales cotidianamente ejerciendo su capacidad de consumo. La marea cultural asociada con este fenómeno es extraordinariamente vulgar, pero esto no debe sorprender pues refleja fielmente los gustos, aspiraciones e inclinaciones de esta clase trabajadora próspera que por primera vez posee los medios para satisfacer sus gustos directamente, mediante frecuentes visitas a los omnipresentes *shopping malls*, verdaderas catedrales del consumo y lugares de gestación de la nueva coexistencia social que se está levantando sobre los escombros de la sociedad tradicional.

La adopción de una política atractiva para el ahorro y la inversión ha facilitado la apertura hacia el mercado internacional.

Miradas las cosas desde este punto de vista, y no obstante las vicisitudes de estos agitados cuarenta años, la experiencia chilena aparece positiva y excepcional. Desde luego la adopción de una política económica atractiva para el ahorro y la inversión ha facilitado una apertura notablemente dinámica hacia el mercado internacional, puntualizada por bien diseñados acuerdos comerciales bilaterales. Sería absurdo mantener que nuestro país ha eliminado la pobreza, pero es abundantemente cierto que ha avanzado en esa dirección más y de modo más convincente que ningún otro país de la región. Más aún, la globalización cultural que según

algunos amenazaba con homogeneizarnos en un remedo bullicioso y monótono de la cultura oriunda de las naciones de habla inglesa, llegó a Chile hace bastante tiempo y tal como está ocurriendo en el resto del globo, al mezclarse con la cultura local produjo algo parecido, pero diferente, del mismo modo como difieren los sandwiches chilenos de los originales ingleses, o el pisco sour de los cocktails neoyorquinos, o mejor, tal como se diferencian los feminismos británico y estadounidense del que ha echado raíces en Chile; obviamente emparentados, pero diferentes. Estos factores dinámicos de armonía y adaptabilidad a los cambios han ayudado a que Chile desarrolle con eficacia, respeto y firmeza una política exterior libre de populismos histriónicos y sólidamente basada en una apreciación responsable del interés nacional.

Entre los muchos logros de nuestro Instituto, quizás el más importante y digno de aplauso es el de haber podido sobrevivir cuatro décadas. En un ámbito académico e intelectual latinoamericano pleno de proyectos inconclusos o desaparecidos prematuramente, sobrevivir cuarenta años evidencia virtudes señeras cuya realización práctica ha estado en muy buenas manos. Es imposible referirse a esto sin mencionar muy especialmente la excepcional calidad humana, el liderazgo intelectual y el talento administrativo de los colegas que asumieron la responsabilidad de dirigir el Instituto durante décadas que, como lo indicara la gitana del cuento, han sido particularmente interesantes. Es importante además agregar que este buen resultado se debe en no escasa medida a que sucesivos directores han rehusado

apartarse de la decisión original de mantener la prescindencia política del Instituto. Solo en una lamentable oportunidad se pretendió transformar este centro académico en una «trinchera de lucha» pero, afortunadamente, la intrusión no prosperó.

**Sobrevivir cuarenta años evidencia
virtudes señeras cuya realización
práctica ha estado en buenas manos.**

Igualmente importante para el buen desempeño de las tareas del Instituto fue dejar absolutamente en claro que sus académicos y estudiosos no desean de ninguna manera usurpar atribuciones de exclusiva y legítima responsabilidad de nuestro gobierno y sus consejeros, así como de entidades docentes justamente prestigiosas como la Academia Diplomática Andrés Bello. La expresión de opiniones, la organización de cursos y seminarios y la publicación de bien documentados estudios acerca de aspectos de la economía, la política o la historia contemporánea no pretenden ser recibidos como velados consejos o sutiles requerimientos políticos, sino solamente como aportes menos o más úti-

les a la consideración seria y permanente de estos complejos problemas.

Esta fue precisamente la intención que llevó al Instituto a estudiar la conveniencia, los obstáculos y los posibles alcances de una política latinoamericana de apertura hacia los países de la cuenca del Océano Pacífico. Estos estudios se iniciaron tentativamente en 1968, en el Seminario de Arica, para ser continuados, con bastante más profundidad, en la Conferencia del Pacífico que tuvo lugar en Viña del Mar en 1970 y en el seminario realizado en la Isla de Pascua, en 1979. El programa de la Conferencia del Pacífico indicaba que «...la Conferencia no emitirá conclusiones ni directivas, siendo esencialmente un torneo académico... (pero) ...se espera que las discusiones y presentaciones serán productivas de conceptos e ideas que podrían ser materia prima para la formación de una política coherente de apertura hacia el Pacífico por parte de las naciones del Pacto Andino». Es motivo de comprensible satisfacción concluir estas anotaciones constatando, varios años después, que ha sido Chile el país de América Latina que mejor uso ha hecho del puente que nuestro Instituto ayudó a levantar al través del gran océano.